

ALEX DE WAAL

¿Por qué el sida no supone una crisis política en África?

Traducción de Leandro Nagore

En reuniones de líderes africanos en Jartum (Sudán), del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas en Nueva York o de líderes europeos en Bruselas, se habla de las crisis humanitarias que matan a millares de seres humanos en la región sudanesa de Darfur, en el Chad o en Costa de Marfil, y que hacen tambalearse a los gobiernos de estos países. El VIH/sida mata a muchas personas más; sin embargo, no está en sus agendas. Es un triste y estremecedor olvido. Pero tiene su lógica política.

En África austral, una cuarta parte de los adultos está infectada de VIH. En algunos de estos países más de la mitad morirá de sida antes de que se agote su esperanza de vida bíblica de 70 años. Los jóvenes son los que corren más riesgo: la mitad de los casos de infección en mujeres se da en adolescentes y mujeres que apenas han cumplido los veinte años. La esperanza de vida en el continente es más baja que la de los franceses durante la I Guerra Mundial. Doce millones de niños han perdido a uno u otro progenitor por esta enfermedad, y esta cantidad no deja de crecer.

Por otro lado, a pesar de los estragos causados por esta enfermedad, África no vive atenazada por un trauma político. Los gobiernos no caen: de hecho, África tiene en la actualidad más líderes elegidos democráticamente que en cualquier otro momento de su historia. El tejido social no se está desgarrando a manos de bandas de huérfanos al margen de la sociedad: por el contrario, familias extendidas han hecho esfuerzos extraordinarios para cuidar a estos niños. El continente está logrando algunas de las mejores cifras de crecimiento económico de su historia. Si bien es cierto que el crecimiento es apenas suficiente para ir por delante del crecimiento demográfico, las cifras son mejores que hace diez o veinte años. Ante todo, como puede confirmar cualquier persona que visita África, la vida sigue su curso de una forma sorprendentemente normal.

Alex de Waal es director del Social Science Research Council, en Nueva York, y autor de *AIDS and Power: Why there is no Political Crisis yet* (Zed Books, Londres, 2006) y *Darfur. A short History of a Long War* (Zed Books, Londres, 2006)

¿Qué está pasando?

Zackie Achmat es el activista africano más eficaz en la lucha contra el sida. Es un hombre positivo, que creció en Ciudad del Cabo, homosexual, infectado de VIH, y cofundador de la organización Campaña de Acción por los Tratamientos (TAC, por sus siglas en inglés), la organización que más ha trabajado para convertir el sida en un asunto político en Suráfrica. Los activistas del TAC, enfundados en sus famosas camisetas con el eslogan “HIV Positive”, han celebrado mítines callejeros y sentadas por todo el país. Han llevado al Gobierno a juicio para que los tratamientos de fármacos antirretrovirales estén disponibles para las mujeres embarazadas, y evitar así que transmitan el VIH a sus futuros hijos, y para importar fármacos genéricos contra el sida más económicos y accesibles para todos. Zackie y sus compañeros activistas se formaron en la lucha contra el *apartheid*, y sus tácticas se asemejan a las utilizadas en aquella época –incluso en los eslóganes que portan en sus pancartas: en 1985, “¡La juventud contra el *apartheid*!” y, en 2005, “¡La juventud contra el sida!”–.

Pero en su estrategia hay una diferencia fundamental. Hace unos años Zackie me retó cuando definí su postura como de “enfrentamiento”. Me respondió que era todo lo contrario. “Lo que estamos haciendo es obligar al Gobierno a cumplir con sus obligaciones constitucionales”, aclaró. Aunque antes fuese un militante contra el *apartheid*, hoy Zackie no es un revolucionario que intenta derrocar al Gobierno del Congreso Nacional Africano (ANC, por sus siglas en inglés), sino un reformista que intenta que éste cumpla con sus promesas. Aunque sea notorio que el presidente Thabo Mbeki niegue que el VIH sea causante del sida, y que su ministra de Salud, Manto Tshabalala-Msimang, recomienda el consumo de ajo y vitaminas para combatirlo, y no el uso de antirretrovirales, Zackie aún se considera un miembro leal del ANC.

Esta táctica tiene su lógica política. A pesar de que más de una cuarta parte de los adultos surafricanos convivan con el VIH, la lista de preocupaciones políticas del país no está encabezada por el sida. Encuestas de opinión realizadas por *Afrobarometer* muestran que el desempleo y el crimen son las principales preocupaciones de los surafricanos. Que Mbeki negase el sida y retrasase las medidas para su tratamiento no impidió que ganara las elecciones de 2004 con casi el 70% de los votos. Ante esta situación, la respuesta del TAC se basa en no limitarse a ser una campaña minoritaria perpetua enfocada exclusivamente en la cuestión del sida, sino en forjar alianzas con sindicatos, campañas en favor de mejores servicios y múltiples organizaciones de justicia social. De esta forma, la Campaña de Acción por los Tratamientos está convirtiendo el tratamiento contra el sida en parte de un movimiento mayor sobre cuestiones sociales.

El TAC surafricano es la más radical de las organizaciones de lucha contra el sida en todo el continente africano. La Organización de Apoyo contra el Sida de Uganda, fundada

por la activista Noreen Kaleeba, se centra en la educación contra la estigmatización social y en los cuidados para personas y familias que viven con el sida. Kaleeba puede considerarse una revolucionaria social por sus esfuerzos por sobreponerse a los tabúes que rodean a esta enfermedad, pero no llama a la revuelta política.

Los activistas africanos contra el sida **están ganando la batalla sin llegar al enfrentamiento político. Se han unido a la revolución democrática africana, y en muchos casos están ayudando a liderarla**

Una lucha en democracia

Los activistas africanos contra el sida están ganando la batalla sin llegar al enfrentamiento político. Por el contrario, se han unido a la revolución democrática africana –y en muchos casos están ayudando a liderarla–. Además de tener un planteamiento astuto en cuanto a la política nacional, han sabido utilizar a la comunidad internacional con gran habilidad. En los últimos diez años, el sida se ha convertido en un foco importante de los esfuerzos de la ayuda internacional. Los fondos invertidos en la lucha contra el sida se han multiplicado por diez, sumando más de 6.000.000.000 de dólares estadounidenses el año pasado. Aunque esto aún no sea suficiente, significa que los donantes occidentales y agencias internacionales, como el Programa Conjunto de Naciones Unidas sobre el VIH/sida (ONUSIDA) y el Fondo Mundial de Lucha Contra el Sida, la Tuberculosis y la Malaria, han llegado a tener una enorme influencia en África. Además, el aumento de la financiación de la lucha contra el sida ha coincidido con un cambio en la forma de gestionar la ayuda internacional. A diferencia de las impenetrables burocracias de expertos de la generación pasada, los actuales ministerios y agencias son accesibles para los activistas y los trabajadores voluntarios. El Fondo Mundial de Lucha Contra el Sida, la Tuberculosis y la Malaria cuenta con activistas africanos en su consejo directivo, y el director de ONUSIDA, Peter Piot, se reúne regularmente con ellos. El resultado es que los activistas africanos han logrado acumular un grado de influencia que va mucho más allá de sus propias comunidades, y que la política internacional de lucha contra el sida incluye en su núcleo de preocupaciones a los derechos humanos.

Por sí mismos, muchos gobiernos africanos habrían reaccionado a la emergencia del sida con medidas represivas. Se habrían impuesto medidas coercitivas como la realización obligatoria de pruebas y el despido de personas seropositivas. Los activistas de la lucha contra el sida habrían sido señalados como agitadores. Sin embargo, los programas de lucha contra el sida han sido el estandarte de la sociedad civil. Según los estudios realizados, los países que cuentan con una prensa libre tienen mejores políticas de lucha contra el

sida. La democratización en África no ha sido frenada por el sida: por el contrario, la respuesta al sida ha ayudado a consolidar la democracia.

La devastación del sida

El sida no está generando revoluciones, pero existen temores de que podría llevar al derrumbe de gobiernos, o incluso de sociedades en su conjunto. La crisis de huérfanos en África es una tragedia humana individual que se multiplica por millones de casos. Hasta ahora, familias extendidas han logrado de forma encomiable ofrecer cuidados y educación para muchos de estos huérfanos. El peso de los cuidados recae en mujeres y niñas sin salario, que se ven obligadas a trabajar más horas. Muchos de estos huérfanos son extremadamente pobres, y algunos son explotados o sufren abusos. Sólo un 5% de los huérfanos en África perciben alguna ayuda de sus gobiernos o de instituciones internacionales. Hay una necesidad acuciante de establecer programas de ayuda y bienestar social para estos niños y aquellos que los cuidan. La lógica de estos programas debería ser tanto humanitaria como de desarrollo: debemos ayudar a las personas que estén en situaciones de extrema necesidad. Además, no hay indicios de que los huérfanos estén incorporándose masivamente al mundo de la delincuencia o del crimen, ni mucho menos al terrorismo.

Sólo un
5% de los
huérfanos
percibe
alguna
ayuda de
sus
gobiernos
o de
instituciones
internacionales

Por otro lado, los ejércitos y gobiernos africanos están empezando a sucumbir ante la amenaza. Muchos funcionarios, maestros, médicos y oficiales del ejército han enfermado y muerto en la cumbre de sus carreras. Otros muchos deben ausentarse del trabajo por enfermedad o para participar en los funerales de sus compañeros o familiares. Las pérdidas por el sida de personas valiosas son comparables a aquéllas que ocurren durante guerras y dictaduras represivas. Mientras, las instituciones clave para la estabilidad política están logrando mantenerse intactas. Si hay algo que los gobiernos de todo el mundo saben hacer muy bien, es asegurar su propia supervivencia. Los Estados africanos han logrado sobrevivir a las crisis, y también están sobreviviendo a la amenaza del sida. Ahora que existe un tratamiento, las élites africanas son las primeras en la fila.

Hace pocos años, los analistas predecían que el sida era una catástrofe diabólica de proporciones tales que llevaría al colapso total, social y económico, en África subsahariana. Ahora, está claro que esto no va a suceder. Los problemas son extremadamente graves, pero controlables –si se adoptan las políticas adecuadas–.

Las políticas

El proyecto *AIDS, Security and Conflict Initiative*, gestionado por el Instituto Clingendael de La Haya y el Consejo de Investigación de Ciencias Sociales (SSRC, por sus siglas en inglés) de Nueva York, se inauguró esta primavera con el objetivo de compilar las pruebas que nos ayuden a desarrollar estas políticas. Con este propósito, este proyecto deberá atender a algunas cuestiones urgentes como las siguientes.

En la actualidad los ejércitos africanos se enfrentan a nuevos retos por su participación en misiones de mantenimiento de la paz. Pero es difícil encontrar unidades militares que estén completamente sanas, sin componentes seropositivos, para incorporarse a este tipo de misiones. Ante esta situación surgen interrogantes como: ¿Debería modificarse la actual política para permitir que soldados contagiados con el VIH puedan participar? ¿Cuáles son las responsabilidades del país que envía estos soldados –o incluso de la ONU o de la Unión Africana– hacia las mujeres en los países de acogida, que terminarán siendo infectadas por el VIH? ¿Deberían intervenir los gobiernos de países donantes para brindar apoyo a los hospitales militares y ofrecer tratamiento a los soldados, o la ayuda debería limitarse exclusivamente a los civiles?

Por otro lado, aunque las instituciones clave del gobierno parecen estar logrando evitar las peores repercusiones de la epidemia, los hospitales y escuelas en algunos países están llegando a un punto muerto, no sólo por el sida, sino también por unos salarios mínimos y unas condiciones de trabajo tan precarias que el personal abandona su puesto en busca de otro trabajo. En algunos de los países más pobres de África, estos servicios estatales están desapareciendo. Las agencias de voluntariado están ayudando a colmar algunas de las carencias, pero existe una necesidad real de formar cuadros nacionales que puedan ofrecer servicios básicos. Esta necesidad es aún mayor debido al sida. Los expertos en reducción de la pobreza están empezando a destacar que África necesita servicios básicos de bienestar social, además de proyectos para el desarrollo. El sida está exacerbando el problema de las sequías, empujando a muchas familias hacia la pobreza absoluta e incrementando la necesidad de ayuda de emergencia. Pero, ¿cómo se van a suministrar estos servicios si la actual escasa mano de obra está menguando?

Existe una sencilla fórmula política para predecir lo que hará, o no hará, un gobierno: el incentivo político. El interés de los líderes políticos en la supervivencia de sus gobiernos es obvio, por lo que no es ninguna sorpresa que la reacción contra el sida haya logrado cumplir este objetivo de manera exitosa. Los incentivos políticos para el tratamiento contra el sida también son muy claros: existe un ruidoso grupo de personas que hacen campaña a favor del tratamiento y arrastran con ellos a un número importante de votantes infectados de VIH que se beneficiarían de ello. Ofrecer medicamentos es un proyecto de gran visibilidad,

con objetivos claros y fácilmente cuantificables. Es el tipo de labor que las instituciones gubernamentales pueden realizar. El objetivo de ofrecer acceso al tratamiento para todas las personas infectadas con VIH es sin duda ambicioso, pero los gobiernos africanos y los donantes internacionales intentarán hacer lo posible para lograrlo.

Otra cuestión bien distinta es prevenir la transmisión del VIH. Es el tipo de problema social complejo que a los gobiernos se les da muy mal intentar resolver. El sida está rodeado de un velo de estigma y negación. Requiere hablar de sexo y de preservativos, algo que a muy pocos políticos les gusta hacer. La prevención del VIH es una preocupación para todos, pero una prioridad para nadie –como queda patente en los bajos niveles de preocupación pública que se observan en las encuestas del *Afrobarometer*–. Además, nadie es capaz de determinar si los esfuerzos de prevención han sido exitosos, ya que habría que esperar cinco o seis años, por lo menos, antes de que un cambio en las tasas de transmisión sea registrable en el número de personas infectadas por VIH. Y a los políticos no les gusta tener que esperar mucho para disfrutar de las recompensas de sus programas.

Por tanto, no debería sorprender el fracaso de los programas de lucha contra el VIH/sida en África –que no han logrado frenar la propagación del virus–. Se están consiguiendo muchas otras cosas valiosas, incluyendo la defensa de los derechos humanos y el tratamiento antirretroviral. No obstante, la epidemia sigue avanzando devastadoramente, apenas mitigada por los esfuerzos humanos.

Pero todo esto puede cambiar. Los africanos –sobre todo los jóvenes– están hambrientos de información. Como la juventud en todo el mundo, no tienen gran interés en los mensajes de información pública, por sinceros que sean. Lo que quieren es conocer los hechos reales, tanto científicos como de salud pública. La investigación sobre las actitudes de la población hacia el sida muestra que éstas se forman durante conversaciones entre familiares y amigos. Lo que aparece en las noticias es lo que determina los temas de estas conversaciones. Una prensa libre y de calidad es la mejor forma de romper el tupido velo de miedos y desinformación, y permitir que la juventud africana se haga responsable de sus vidas, y se mantenga libre del VIH.